

A PROPÓSITO DE ESTE LIBRO

Este libro no versa sobre hechos reales ni ficticios. Versa sobre algo más extraño, comparado con lo cual aquello que consideramos realidad es mera ficción.

No es lo que parece, de la misma manera que las cosas que nos rodean tampoco son lo que parecen. Trata, sobre todo, del engaño: del engaño absoluto del mundo en que vivimos, así como de lo que hay detrás.

Podría parecer una historia en torno a cosas que sucedieron hace mucho tiempo. Pero, en realidad, trata de nosotros mismos. Los detalles tal vez sean poco familiares, muy poco familiares. Y, sin embargo, su importancia alcanza las raíces de nuestro ser.

Esta falta de familiaridad es importante. Por lo general, cuando algo nos es ajeno se debe a que no guarda ninguna relación con nosotros, ni nosotros con ello. Sin embargo, lo que nos resulta menos familiar es lo que tenemos más cerca y hemos olvidado. Es como un miembro anestesiado o que lleva mucho tiempo sin utilizarse. Cuando recuperamos la sensibilidad nos es ajeno de un modo muy extraño, precisamente porque es parte esencial de nosotros.

Y ese es el propósito de este libro: despertar algo olvidado, algo que nos han hecho olvidar con el paso del tiempo aquellos que no lo entendieron o que, por motivos propios, quisieron que lo olvidáramos.

Podría decirse que este proceso de despertar es profundamente sanador si no fuera porque hemos llegado a una idea de salud tremendamente superficial. Para la mayoría de nosotros, la curación es lo que hace que nos sintamos cómodos y lo que alivia el dolor. Es lo que mitiga, lo que nos protege. Y, sin embargo, con frecuencia aquello de lo que queremos ser sanados es lo mismo que nos curará si podemos soportar la incomodidad y el dolor.

Queremos curarnos de la enfermedad, pero, precisamente, a través de la enfermedad crecemos y nos sanamos de nuestra apatía autocomplaciente. Tememos la pérdida y, sin embargo, precisamente a través de lo que perdemos somos capaces de averiguar que no pueden quitarnos nada. Huimos corriendo de la tristeza y la depresión, pero, si dejamos de ignorar la tristeza, veremos que habla con la voz de nuestro anhelo más profundo; y si seguimos prestándole atención un poco más, encontraremos que nos enseña la manera de alcanzar lo que deseamos.

¿Y cuál es nuestro anhelo? De eso trata esta historia.

NUESTROS ANTEPASADOS

Esta vida de los sentidos no puede satisfacernos, aunque el mundo entero nos diga lo contrario. Su propósito nunca fue satisfacernos. La verdad es sencilla, de una hermosa sencillez: si queremos crecer, convertirnos en verdaderos hombres y mujeres, tenemos que enfrentarnos a la muerte antes de morir. Tenemos que descubrir lo que es para poder escabullirnos entre bastidores y desaparecer.

Nuestra cultura occidental nos lo impide cuidadosamente. Medra y prospera, convenciéndonos de que valorem todo aquello que carece de importancia. Por este motivo, en los últimos cien años, tanta gente se ha alejado de ella, ha pasado a interesarse por Oriente, por cualquier otro lugar: en busca de algún tipo de alimento espiritual, para probar otra cosa. Primero fueron las grandes religiones del Este; ahora se trata de las pequeñas tribus y de las culturas ocultas.

Pero pertenecemos a Occidente. Cuantas más cosas encontramos en Oriente o en otro lugar, más nos fragmentamos en nuestro interior, más vagabundos somos en nuestra propia tierra. Nos convertimos en nómadas, en individuos errantes. Las soluciones que hallamos no son respuestas fundamentales y sólo crean más problemas.

Y, sin embargo, nunca se nos ha dicho una cosa.

Incluso en estos tiempos modernos, aquello que con desgana se describe como percepción mística siempre se relega a la periferia. Cuando no se niega, se mantiene a cierta distancia, en los márgenes de la sociedad. Pero lo que no se nos ha dicho es que en las mismas raíces de la civilización occidental reside una tradición espiritual.

Puede decirse que nos referimos a unos místicos, pero no lo eran tal como entendemos ahora la mística: la idea del misticismo apareció mucho más tarde.

Eran intensamente prácticos, tan prácticos que hace miles de años sembraron las semillas de la cultura occidental y dieron forma a la estructura del mundo en que vivimos. En la medida en que formamos parte de la cultura de este mundo occidental, son nuestros antepasados. Ahora, ajenos a nuestro pasado, nos debatimos en lo que ellos crearon.

Casi solos, pusieron los cimientos de las disciplinas que convertirían a Occidente en lo que ahora es: química, física, astronomía, biología, retórica, lógica. Pero lo hicieron con una comprensión que ya no poseemos, porque sus conocimientos procedían de una sabiduría que para nosotros no es más que un mito.

Y no se debe a que se los interprete mal; eso sólo es una pequeña parte: también sabían que los malinterpretarían. Se daban cuenta de que trataban con niños que se quedarían con los fragmentos que les llamaran más la atención y no serían capaces de ver el conjunto.

Y eso fue lo que sucedió: ya no se valora nada de lo que fue aquella gente ni de sus enseñanzas. In-

cluso los rastros de su existencia casi se han borrado. Ya casi nadie sabe cómo se llamaban. Algunos fragmentos de lo que dijeron están en manos de unos pocos eruditos, los cuales hacen exactamente lo que Jesús describió: retienen la llave del conocimiento pero la esconden, y no entran ni abren las puertas a los demás.

Pero detrás de estas puertas hay algo de lo que ya no podemos prescindir. Los dones que se nos concedieron ya no sirven y hace tiempo que tiramos el manual de instrucciones.

Ahora es importante establecer contacto de nuevo con esa tradición, no sólo en nuestro beneficio, sino también en provecho de algo mayor. Es importante porque no hay otro modo de seguir avanzando. Y no tenemos que mirar hacia fuera, no es necesario que nos volvamos hacia una cultura distinta del mundo en que vivimos. Todo lo que necesitamos está dentro de nosotros, en lo más hondo de nuestras raíces, esperando que alguien llegue hasta allí.

Y, sin embargo, hay que pagar un precio para entrar en contacto con esta tradición. Siempre hay que pagar un precio y, precisamente porque nadie ha querido pagarlo, las cosas están como están.

El precio no ha cambiado: somos nosotros, nuestra voluntad de ser transformados. Sólo sirve eso, no puede ser menos.

No podemos apartarnos y mirar. No podemos distanciarnos porque precisamente nosotros somos el ingrediente que falta. Sin nosotros, las palabras sólo son palabras. Y esta tradición no existió para edificar o entretener, ni siquiera para inspirar: existió para devolver los hombres a sus raíces.

De manera que es bueno saber de qué estamos hablando. Éste no es un libro para satisfacer la curiosidad del lector o crear nuevas curiosidades. Trata de unos hombres que despojaron a sus discípulos de todas sus pertenencias y, a cambio, les dieron lo inimaginable.

A la mayoría de nosotros esto nos parece un disparate, un sinsentido. Y es exactamente eso, porque se trata de algo que está más allá de los sentidos. Pero resulta que se trata del mismo sinsentido que dio origen al mundo occidental: un sinsentido tan poderoso pero tan esquivo que, durante miles de años, se ha intentado en vano darle algún sentido.

A muchos nos preocupa la extinción de todas las especies que el mundo occidental está exterminando. Pero casi nadie se da cuenta de lo más extraordinario de todo: de la extinción de nuestro conocimiento de lo que somos.

Este conocimiento desaparecido está relacionado con el pasado. Y, sin embargo, no tiene nada que ver con éste tal como lo conocemos. Somos el pasado. Incluso nuestros mañanas son una expresión del pasado. Nos gusta pensar que podremos avanzar hacia el futuro y dejar atrás la historia, pero no es posible. Sólo entraremos en el futuro cuando nos enfrentemos al pasado y nos convirtamos en lo que somos.

Así que vamos a empezar por el principio: con los antepasados de nuestros antepasados.

FOCEA

Eran comerciantes, exploradores, piratas. Quienes los han estudiado los denominan los vikingos de la antigüedad clásica. Fueron los más osados aventureros de todos los antiguos griegos e intentaron ir más allá de las fronteras de lo desconocido. Convirtieron en realidad lo que para otros era un sueño.

Se llamaban foceos y el nombre de su ciudad era Focea; éste era un lugar pequeño, encaramado en la costa occidental de lo que ahora se conoce como Turquía, un poco al norte de la actual ciudad de Esmirna.

Se hicieron famosos por avanzar, desde su lugar de origen, hacia el oeste e ir más lejos de donde la mayoría de los griegos creían posible que llegaran los seres humanos. Según cuentan antiguas tradiciones, fueron los primeros en ir de manera habitual más allá de Gibraltar y en adentrarse en el Atlántico; y eso en los siglos VII y VI a. de J.C. Y fueron foceos los colonos que navegaron hacia el sur por la costa oeste de África y, hacia el norte, en dirección a Francia e Inglaterra, Escocia y más allá.

Y también por el este. La situación de Focea era privilegiada, cerca del extremo occidental de la ruta de las grandes caravanas que se extendía a lo largo de miles de kilómetros; partía del Mediterráneo, cruzaba Anatolia y Siria y alcanzaba el Golfo Pérsico.

Éste era el famoso Camino Real: la ruta que utilizaron durante siglos los reyes de Asia occidental y de Persia, siguió después Alejandro Magno y, mucho más tarde, tomarían los cristianos para difundir su mensaje. Por esa ruta, llegaron al mundo occidental influencias orientales, tanto a la religión como al arte, incluso antes de que Focea se hiciera famosa, y viajó la influencia griega en sentido contrario. Convirtió a Focea en un punto clave en el contacto entre Oriente y Occidente en el mundo antiguo.

Focea quiere decir «ciudad de focas». Los foceos mismos eran anfibios, vivían volcados en el mar. Escribieron gran parte de su historia en el agua, y el mar no conserva las huellas.

Por eso es bueno mirar alrededor, puede ayudarnos a apreciar mejor el tipo de mundo en el que vivían: un mundo todavía olvidado y casi desconocido.

Ahí tenemos a Samos, una isla situada un poco al sur de Focea, ante la costa continental asiática. Samos y Focea tenían mucho en común. Los foceos eran los mejores especialistas en el comercio a larga distancia, pero los habitantes de Samos también eran famosos por ese mismo motivo. Foceos y samios gozaban de una reputación de proporciones casi míticas gracias al comercio con la actual Andalucía y el lejano Occidente. Algunos descubrimientos notables realizados en lo que ahora llamamos España y en Samos confirman esta fama.

Tenemos también a Egipto. No sería justo decir que los samios y foceos se limitaban a comerciar con Egipto. Hicieron mucho más: construyeron almace-

nes y lugares de culto a lo largo del Nilo, junto con otros griegos. Para los samios o para los foceos, Egipto no era un mero país extranjero, sino parte del mundo que conocían, en el que vivían y trabajaban.

Samos fue la tierra de Pitágoras. En cualquier caso, lo fue hasta que zarpó rumbo al oeste y se instaló en Italia, hacia el año 530 a. de J.C. Lo que se dijo siglo tras siglo en el mundo antiguo fue que Pitágoras aprendió todo lo que sabía viajando a Egipto y a Andalucía; a Fenicia, región de la actual zona costera de Líbano y Siria; a Persia, Babilonia y la India.

Actualmente, los eruditos se ríen de esas historias y las rechazan como fantasías románticas que, sobre un famoso griego de las islas, inventaron otros griegos posteriores, deseosos de imaginar vínculos tempranos entre la cultura oriental y la occidental. Sin embargo, sería mejor ser un poco más prudente.

Según dice una antigua tradición, el padre de Pitágoras era un tallador de piedras preciosas. Si se examina con cuidado esta tradición, se verá que hay motivos excelentes para darla por buena. Y lo que hiciera su padre, Pitágoras lo aprendería: como era natural en la época, lo educarían para desempeñar la misma profesión que él. Pero para un tallador de piedras preciosas de la época, del s. VI a. de J.C., la vida significaría determinadas cosas. Implicaría aprender técnicas procedentes de Fenicia y comprar materiales de Oriente. No es sorprendente que escritores griegos posteriores dijeran que el padre de Pitágoras se dedicaba a comerciar entre Samos y Fenicia.

Existía otra tradición sobre Pitágoras, una tradición basada en las mejores fuentes, la cual dice que

acostumbraba a llevar pantalones. Eso resulta muy extraño, ya que los griegos no los llevaban; era atuendo propio de persas e iraníes. Pero, para empezar a comprender la tradición, basta con volverse hacia otro habitante de Samos, un hombre llamado Teodoro.

Teodoro vivió en la época de Pitágoras y de su padre. Era tallador de piedras, así como un buen escultor y arquitecto. Los antiguos cronistas dicen que trabajó y aprendió en Egipto, y los hallazgos recientes en este país han confirmado de manera tajante sus afirmaciones.

Conocemos también otras cosas de Teodoro: ahora sabemos que trabajó personalmente para los reyes de Anatolia occidental –lo que es ahora el oeste de Turquía– y para el rey de Persia. Hay buenos motivos para vincularlo con la mejor arquitectura que se construyó en el mismo corazón de la antigua Persia.

Eso podría parecer extraordinario y, en cierto modo, lo es. Pero Teodoro, igual que Pitágoras, venía de Samos: una isla que, siglo a siglo, mantuvo los más estrechos vínculos con el comercio, la diplomacia y el arte persa.

Y Teodoro no estaba solo, ya que, casualmente, conocemos a otro escultor griego que trabajó para dos generaciones de reyes persas, muy lejos de su tierra natal. Se llamaba Teléfanos y no procedía de Samos, sino de Focea.

Todos tenemos motivos distintos para viajar: unos se ven obligados, otros creen que eligen.

Pero lo importante es que entonces se viajaba a larga distancia y, además, a gran escala. En el mundo antiguo era más frecuente de lo que nos han hecho creer, igual que en la Edad Media. Y lo más sorprendente de todo es que, incluso cuando Grecia se encontraba en el punto culminante de su lucha contra Persia, en el momento más inesperado, algunos griegos inteligentes se introdujeron subrepticamente en Persia para aprender, ganar dinero y tratar con hombres más sabios que ellos mismos.

Los artistas y artesanos se instalaron allí con sus familias y, al poner en común sus recursos, ayudaron a construir el imperio persa. Mucho antes, el arte griego de tallar la piedra había estado modelado e influido por Oriente; después fueron los griegos quienes dieron forma a los mayores logros de la arquitectura persa.

Con todo, esto es sólo una pequeña parte de la historia. Los mayores expertos han averiguado algo que cuesta admitir: en realidad, los descubrimientos más famosos de Pitágoras no fueron tales: hacía ya siglos que se conocían en Babilonia y el mayor mérito de Pitágoras fue llevar esos conocimientos a Grecia y adaptarlos al mundo de los griegos. Pero incluso estos eruditos han pasado por alto hasta qué punto la isla natal de Pitágoras explica de modo natural el vínculo con Babilonia.

El mayor templo de Samos estaba dedicado a Hera, madre de los dioses, y era famoso en todo el mundo griego. Durante el s. VI a. de J.C. se agrandó y reconstruyó ampliamente; el nuevo proyecto se basó en modelos egipcios.

Y en el interior de los recintos sagrados del tem-

plo, se han encontrado unos extraños objetos de bronce, depositados allí antes del período del que estamos hablando, en el s. VII a. de J.C., como ofrenda. Son extraños desde el punto de vista de los griegos, pero no para Oriente.

Son imágenes que pertenecían al culto de Gula, la diosa babilónica de la curación. Y no llegaron allí por cuestiones relacionadas con el comercio, sino porque la religión y los distintos cultos cruzaban las fronteras de los diversos países y pasaban por alto los límites de las lenguas. Lo mismo sucedía con el arte. Los artistas de Samos copiaron las imágenes del culto babilónico, imitaron los rasgos de sus demonios.

Las importaciones orientales procedentes de Siria y Babilonia inundaron Samos entre los siglos VII y V a. de J.C. Los comerciantes extranjeros venían del este, pero también sucedía lo contrario: los samios viajaron también hacia oriente y las rutas comerciales siguieron transitadas hasta la época de Pitágoras.

Ahí donde hay movimiento de bienes y objetos, el camino está abierto a los viajeros. Ahí donde existen caminos para el contacto cultural, hay una invitación permanente para las personas inquietas. Eso debería ser obvio; en cualquier caso, lo era. «Comercio» y «curiosidad»: a los griegos les gustaba unir los dos términos porque sabían que iban de la mano.

En cuanto al templo de Hera, no sólo se convirtió en la sede de importaciones procedentes de Babilonia, Egipto o Persia, sino que fue también un almacén de objetos traídos de Andalucía y Fenicia, del Cáucaso, de Asia Central. Algunas de las importaciones fueron hermosos seres vivos: los pavos rea-

les se introdujeron en todo el mundo occidental a partir del templo de Hera en Samos. Se criaban en el recinto del templo y los trataban como objetos sagrados, propios de la diosa.

Llegaron a Samos, pasando por Persia, desde la India.

Pasó el s. VI y Babilonia se convirtió en parte del imperio persa. Pero, en realidad, las cosas no cambiaron mucho: Babilonia, Persia y la India habían estado unidas durante mucho tiempo por los lazos más estrechos. En aquel momento, simplemente, había más motivos para viajar. En Babilonia era posible encontrar nativos de Mesopotamia, de Persia y comunidades enteras de indios.

También había asentamientos de griegos que trabajaban y comerciaban en Babilonia desde principios de siglo. Eran antecesores directos de las comunidades griegas que seguirían viviendo allí durante setecientos años más. Y entre estos primeros pobladores había gente de una zona concreta de Anatolia llamada Caria. Más adelante diremos más cosas sobre los carios y sus vínculos con Focea.

Durante mucho tiempo, se nos ha dicho que los antiguos griegos formaban un pueblo cerrado en sí mismo, reacio a aprender lenguas extranjeras, que creó sin ayuda de nadie la civilización occidental. Eso no se ajusta exactamente a la verdad. Para empezar, ahí estaban los vínculos con Oriente, detrás de todo lo que iba a ocurrir y ha ocurrido desde entonces.

Sería bueno no olvidarlo.